

Reseña

El Lenguaje en Acción: Comunicación para Hacer las Paces

Título: Filosofía para hacer las paces

Autor: Vicent Martínez Guzmán

Edición: Icaria, Barcelona

No. de páginas: 350

Año: 2001

Introducción

Esta reseña revela los puntos centrales de la obra *Filosofía para hacer las paces* a través de la síntesis y ampliación de su columna vertebral: el discurso y su intervención en la construcción de las relaciones humanas.

Filosofía para hacer las paces es una interesante aportación a los estudios e investigaciones para la paz y el desarrollo desde la propuesta de Vicent Martínez Guzmán. Esta obra presenta un modelo integral de aproximación a la paz que incluye una revisión completa de la evolución de las diferentes propuestas y marcos conceptuales de análisis sobre el tema. En su desarrollo, este trabajo actualiza un paradigma de filosofía para la paz como compromiso público de la filosofía; al tiempo que afianza las epistemologías de saberes más reciente como los estudios para la paz, ciencias humanas y sociales, basadas en la comprensión de la realidad más que en su explicación.

El título que nos ofrece el autor, *Filosofía para hacer las paces*, aglutina algunos de los rasgos caracterizadores de la obra. No habla de paz en singular, sino que recupera la pluralidad de concepciones que implican a las diferentes culturas del mundo y los discursos que cada una de las colectividades humanas construimos. Recoge así una de las principales ideas de su trabajo: la invitación a replantearnos el modelo

de racionalidad occidental que ha confeccionado el orden mundial establecido y las actuaciones sociales derivadas de la misma, y la necesidad de dar entrada a otras racionalidades, a otras lógicas, para así buscar alternativas. Por otro lado, este título incorpora una frase hecha del lenguaje cotidiano (“hacer las paces”) que refleja, en primer lugar, la cotidianidad a la que se aplican cada una de sus reflexiones, no por ello menos significativas o rigurosas; y, en segundo lugar, la riqueza formal de toda la obra, cuya redacción, en cada palabra empleada por el autor, está cargada de juegos etimológicos que saborean y nos ayudan a saborear los conceptos y realidades que se analizan y comentan.

Hablando se entiende la gente

Este libro elabora una reflexión filosófica muy humana y cercana, aplicable y aplicada, cuyo énfasis principal es la responsabilidad que tenemos cada uno de nosotros ante nuestra capacidad de hacer las cosas de maneras diferentes a como las hacemos y, en consecuencia, la capacidad de vivir en paz en lugar de optar constantemente por la violencia. En otras palabras, plantea la necesidad de encontrar y proponer otras maneras de mirar la realidad y de hacer las cosas.

Por ello, esta filosofía para la paz está estructurada en torno a un giro epistemológico basado en la experiencia cotidiana y encaminado a repensar la interacción entre las personas y su acercamiento a las realidades sociales, con base en la idea de cooperación. Esta propuesta consiste en cambiar

... la relación entre sujeto y objeto por una relación entre sujetos, la objetividad por la intersubjetividad, la perspectiva del observador por la del participante, la actitud objetiva por la actitud performativa, la neutralidad por el compromiso con unos valores y el rechazo de otros (Martínez, 1999: 108).

Desde este núcleo se articula una serie de planteamientos que resumimos a continuación citando al propio autor:

... superamos la unilateralización de la razón, para hablar de las razones, los sentimientos, las emociones, el cariño y la ternura. No hay dicotomía entre razón y ‘cuidado’ defendido por las feministas de este tipo de éticas. (...) Deja[mos] de concebir el mundo como un espacio abstracto, y [lo concebimos] (...) como una diversidad de lugares. Nos comprometemos a reconstruir los saberes de los lugareños, los saberes vernaculares. (...) Los seres humanos somos naturaleza, humus significa tierra, reivindicamos la terrenalidad de los seres humanos, el compromiso con el medio ambiente del que formamos parte. (...) En este sentido superamos la dicotomía entre la naturaleza y la cultura. Denunciamos que muchas veces se ha apelado a lo natural, incluso a lo biológico, sin darse cuenta

de las condiciones sociales y culturales que posibilitaban esa consideración de lo natural. (...) Finalmente pensamos que saber hacer las paces, no es sólo para héroes o santos, sino para gente como nosotros, con nuestras grandezas y nuestras miserias, con nuestro egoísmo y nuestra capacidad solidaria. De ahí la necesidad de debates públicos, movimientos sociales y formas de conducirnos, maneras de gobernarnos, por encima y por debajo de los Estados-nación (2001: 114-116).

La herramienta que articula este giro es la comunicación, el paso del paradigma de la conciencia al *paradigma de la comunicación*, precisamente por el nexo de solidaridad necesario y existente en todo acto comunicativo, y que es el que articula las relaciones humanas. Esto lleva al autor a recuperar como clave de la solidaridad la intersubjetividad entre personas-sujeto que no sólo tienen derecho a la interlocución sino que lo necesitan como parte de su forma de vida. Desde la comunicación, por tanto, se explica la violencia e igualmente la solidaridad.

La solidaridad permea nuestras interacciones comunicativas, en su intersubjetividad, y en el poder comunicativo (Arendt, 1998; Habermas, 1984) intrínseco a las relaciones humanas; mientras que la violencia es precisamente la ruptura de esos vínculos, la negación de nuestra libertad comunicativa (Martínez, 2001: 125, 138), de la intersubjetividad. Por ello tenemos que buscar la alternativa pacífica en el total reconocimiento de nuestros derechos a comunicarnos, a participar de la comunidad comunicativa, haciendo especial hincapié en enfatizar en estas relaciones discursivas los aspectos corporales y sexuados, afectivos y racionales (p. 187), como recoge de las propuestas de los estudios de género.

Estos planteamientos filosófico-discursivos asumen que el discurso articula la realidad, porque los seres humanos formamos una “comunidad discursiva” en la que todos somos interlocutores con *competencia* y derechos para comunicarnos. Esta filosofía para la paz se centra, principalmente, en las razones que nos damos al hablar de nuestras acciones, que el autor recoge de la filosofía del lenguaje, y en concreto de la pragmática del lenguaje de los *Actos de Habla* de Austin, por su afirmación de que *todo decir es un hacer* (págs. 82-83). Toda emisión (*utterance*) conlleva, junto a su función constativa de transmisión de una información enunciativa, una función *performativa* que —por medio de su efecto ilocucionario— nos ayuda a comprender lo que hacemos al hablar, los compromisos y responsabilidades que

aumimos, las expectativas que generamos e incluso comunicamos a través de nuestros silencios (págs. 83, 137). En otras palabras, se propone el paso de un “giro lingüístico”: basado en la referencialidad a un “giro pragmático” decirnos cosas es hacernos cosas.

En ese punto el autor plantea la búsqueda de

... una racionalidad ligada a las condiciones de posibilidad de comprensión, comunicación y acuerdo universales entre todos los seres humanos, a través de la filosofía discursiva (p. 22).

Filosofía discursiva basada en la ética comunicativa o ética del discurso de Apel y Habermas, y promovida en España por Adela Cortina. Parte de su concepción de la comunidad científica como una comunidad de comunicación fruto del desarrollo de una *racionalidad comunicativa*, alternativa a una racionalidad meramente instrumental o estratégica. De esta forma, uno de los ejes del giro epistemológico es, como hemos dicho, el paso del paradigma de la conciencia al paradigma de la comunicación, potenciando que el saber lo hacemos conjuntamente.

En síntesis, este libro elabora una fenomenología comunicativa que estudia la experiencia de lo que nos hacemos unos a otros, a través de lo que nos decimos sobre lo que nos hacemos (p. 205). Esta filosofía discursiva propone la tensión necesaria entre *desaprender* y *reconstruir*. Gracias a esa racionalidad comunicativa que nos ayuda a comprender y entender otras culturas, tenemos que desaprender lo que *hemos dejado de aprender* por el camino al no escuchar a los otros y las otras (p. 108), y así transformar los vicios derivados de exponer unos tipos de razón frente a otros, y *reconstruir* nuevas maneras de vivir y de hacer las paces. Para ello son importantes las propuestas de Lyotard de recuperar el saber “narrativo” desplazado por el saber científico. Las pequeñas narrativas, los relatos que componen cada cultura, transmiten formas de ver el mundo, de afrontar la vida, saberes y lógicas diversas: “recuperemos así la racionalidad de las llamadas explicaciones míticas, y el carácter narrativo de la misma racionalidad” (p. 17).

Esto se une a otra idea procedente de Austin que recorre todo el desarrollo de la filosofía para la paz como es la disolución de las dicotomías, de los enfrentamientos del logos, discursivos o, consecuentemente, racionales. Por esta razón, el giro epistemológico propuesto no distingue entre hechos y valores, sino que se basa en “lo que nos hacemos los unos a los otros” (p. 114) en el cruce entre ambos.

Hablamos, pues, de una epistemología comprometida con valores en la que un pilar esencial es la perspectiva del *participante*, y en la que se sustituye la actitud objetiva por la actitud performativa.

Desde esta nueva óptica la obra se acerca a diferentes realidades y problemas, desde las relaciones humanas más directas marcadas por nuestra “insociable sociabilidad”¹ y la necesidad de transformar los conflictos en cooperación, a los organismos y relaciones internacionales, pasando por problemas tan actuales como la inmigración. Esta propuesta conlleva nuevas maneras de concebir las relaciones internacionales, la adopción de otras perspectivas y, sobre todo, la de la víctima o los excluidos, en la acción humanitaria y la cooperación. Plantea la problemática de los estudios de posdesarrollo, así como el poscolonialismo y las aportaciones de los estudios de género, y presenta un revelador análisis de los derechos humanos basados en la dignidad, el desarrollo de los pueblos y las democracias heterogéneas. Renueva el derecho a la diferencia y a la interculturalidad, hablando de cómo las colectividades tienen derecho a su propio conocimiento, a sus propias formas de expresar el cultivo de sus relaciones, a sus propias formas de saber hacer las paces (p. 280), y los inmigrantes a la hospitalidad y la interlocución, a ser tenidos en cuenta (págs. 286, 291); por lo que propone el concepto de hospitalidad frente al de extranjería. Lo cual está estrechamente unido a su propuesta de la protección de los valores ciudadanos universales que pasan por una reforma de la ONU. Y en esta misma línea, plantea el tema del compromiso y la solidaridad en los movimientos sociales, como nueva forma de gobernabilidad.

Todo esto, junto con otras muchas propuestas que dejamos para que las descubra el futuro lector, compone el mosaico de reflexiones y propuestas de *Filosofía para hacer las paces*.

Educación en el Lenguaje

Se ha insistido en las páginas anteriores en el papel fundamental del discurso y la interacción comunicativa en la construcción de una

¹ No olvidemos que esta filosofía tiene un origen transkantiano que se explica en el capítulo II del libro que nos ocupa.

cultura de paz. Por ello, no queremos concluir esta reseña sin desarrollar una serie de reflexiones a nivel más general, en torno a una teoría de la comunicación para la paz y la cooperación, tan sólo como apunte sobre cómo estamos aplicando estos planteamientos a nuestra investigación en comunicación.

Vamos a centrarnos en el lenguaje como tapiz que plasma nuestras intenciones, como voz de nuestras actitudes, desde esa perspectiva performativa que incide en que hablando hacemos cosas y asumimos compromisos y, por tanto, como acción humana tenemos que reconstruir las posibilidades comunicativas, argumentativas y discursivas. Empleamos el término lenguaje de forma metafórica, refiriéndonos a nuestros códigos de expresión, en cualquier idioma, en cualquier cultura, y no sólo en su dimensión lingüística, escrita u oral, sino también todos los elementos paralingüísticos como los gestos, los movimientos del cuerpo, la mirada, los silencios.

Nuestro enfoque se basa en esta propuesta de filosofía discursiva de interpelarnos los unos a los otros sobre cómo nos hacemos las cosas y, a su vez, interpelar las estructuras sociales (y los discursos como su representación) sin darlas por hecho sino aludiendo a la posibilidad de cambiarlas. En la base de estas propuestas, recuperamos las ideas de Johan Galtung de cómo tenemos que ser conscientes de la violencia cultural legitimada en discursos, símbolos y metáforas para transformarla y construir nuevas culturas de paz. Por ello necesitamos desaprender nuestra falta de responsabilidad frente a nuestras interacciones comunicativas, y reconstruir los discursos con los que vivimos; teniendo siempre presente su performatividad y asumiendo un compromiso de cooperación comunicativa.

Consideramos nuestras propuestas desde dos campos de trabajo diferenciados. Por un lado, las relaciones interpersonales en el ámbito de la cotidianidad y, en segundo lugar, los medios de comunicación, por su presencia constante en la construcción y percepción cultural; específicamente en el caso de la comunicación para la sensibilización.

Si aplicamos la teoría de los actos de habla a nuestros discursos, en ambos planos hemos de tener presente que cada matiz en nuestras emisiones (en el sentido de Austin) transmite nuestra actitud hacia las realidades de las que hablamos y hacia nuestros interlocutores; y en el caso de los mensajes institucionales, de sensibilización o de

investigación, nuestro concepto de paz o de cooperación al desarrollo, en el que profundizaremos en la última parte de estas páginas.

Así, en el plano más lingüístico de nuestra comunicación, desde una perspectiva pragmática, por ejemplo el empleo de unos determinantes u otros, plantea relaciones de cercanía o distancia (“éste, aquel”), de respeto o reconocimiento (“él, ella” en lugar de “ese, esa”). A su vez, la elección de un tiempo verbal u otro refleja una actitud más o menos positiva (el presente connota que algo está inacabado, abierto, en construcción, mientras que un pasado perfecto plasma que se ha cerrado un ciclo, que ya no hay opción de cambio o rectificación). Igual ocurre con el modo (por ejemplo el imperativo incita a la acción, frente al subjuntivo que puede plantear imposibilidad o dificultad). Paralelamente, tenemos que plantearnos la adopción de una u otra perspectiva (la del participante frente a la de observador. ¿Por qué decir “actúa” si podemos proponer un “actuemos”?). Es muy interesante también fijarnos en estos aspectos en los medios de comunicación, en los que destaca el componente icónico. La presentación de una imagen habla de nuestras intenciones: pueden ser más parciales que representativas, más estereotipadas que plurales; se puede elegir un momento u otro en un evento (no es lo mismo grabar un instante de diálogo que de disputa), poner al líder de una parte del conflicto o al del otro bando, con ropa de paisano o con uniforme militar. Todas estas alternativas hablan por nosotros, elaboran una u otra imagen en el rompecabezas a pesar de manejar las mismas piezas.

En otro plano, tanto en el lenguaje cotidiano como en su aplicación a los diferentes contextos y formatos, tenemos que fijarnos en la metáfora como forma de crear conceptos y construir argumentos. Tenemos que ser conscientes de la conceptualización de las realidades que implica el empleo de muchas de las metáforas que se encuentran fosilizadas en nuestro lenguaje (Lakoff, 1991). Y, a su vez, aprovechar la riqueza de la retórica y de las estrategias de nuestro discurso para crear nuevas metáforas que transformen esa visión del mundo cargada de violencia en otra más pacífica. La cultura occidental nos ha llevado a considerar las discusiones como batallas y por ello empleamos expresiones como “atacar los puntos débiles de una argumentación” (Lakoff, 1991). ¿Por qué no podemos verlas como un espacio de colaboración hacia metas comunes? ¿Como un espacio de cooperación y construcción de experiencias? ¿Por qué no hablamos de “completar las aportaciones de una argumentación”?

Del mismo modo, en términos de interacción comunicativa, cosas tan sencillas como respetar los turnos de palabra, escuchar a nuestro interlocutor y asentir en reconocimiento de sus intervenciones, pedir su opinión, ser sinceros, claros y directos, son pilares de una comunicación efectiva y que por obvias razones muchas veces son causa de nuestra violencia hacia otros. En este sentido, es fundamental no perder de vista la intersubjetividad, y, ante todo, la importancia de convertir el discurso —en todas sus manifestaciones— en un espacio dialógico. Cualquiera de nuestros mensajes debe incorporar un diálogo inacabado que incorpore en su construcción de sentido y en su acción, volviendo a la performatividad, no sólo a sus emisores sino también a sus receptores, como propone el dialogismo de Mikhail Bakhtin (Holquist, 1996). En este sentido, hemos vuelto a la propuesta de Martínez Guzmán de construir el conocimiento de forma comunicativa entre todos y, por tanto, nos lleva a comentar que esto se debería reflejar en los diferentes discursos (medios de comunicación, relatos, etc.) que deberían incorporar múltiples puntos de vista, diferentes cosmovisiones y opiniones contrastadas.

Como marco de reflexión para estos aspectos, consideramos fundamentales las propuestas de J.P. Lederach (1995) basadas en una teoría tripartita de la comunicación como expresión, percepción e interpretación, tres elementos en los que tenemos que educarnos y profundizar para evitar problemas de comunicación y, en consecuencia, de convivencia. Pero no sólo eso, sino de forma preventiva, establecer vínculos pacíficos en nuestras relaciones. Para ello es necesario integrar nuestros conocimientos sociales y culturales junto a los contextos en los que se producen nuestros actos comunicativos, sin desestimar cada sutil gesto, mirada, silencio, asegurándonos de que comunicamos lo que queremos decir y *vemos lo que nos quieren decir* (Martínez, 2001: 102-103).

Como habíamos dicho antes de concluir esta aportación, vemos interesante aplicar las consideraciones previas al campo de la comunicación para la sensibilización como herramienta clave de la construcción de culturas de paz.²

El modo en que enunciamos nuestras propuestas a través de materiales publicitarios en diferentes medios y formatos, informes o noticias en los diferentes medios, transmiten unas propuestas concretas a través de su performatividad. Por esta razón es importante aprender a

leer esas implicaciones ilocucionarias, por la importancia de concebir una opinión pública activa y crítica, y unos conceptos útiles para avanzar hacia una cultura de paz. Gloria Angulo distingue entre una relación instrumental, que tan sólo incita a la opinión pública a controlar las decisiones políticas, para lo que la comunicación jugaría con la emotividad, y una sustancial, que trata de implicar a la sociedad en el compromiso de la solidaridad y para ello la ONG diseña sus mensajes buscando que los problemas se comprendan y las personas se involucren en la búsqueda de soluciones (1998: 48). En este sentido, responde más a nuestros objetivos la elaboración, por ejemplo, de un original de prensa que describa un problema, incluya nuestras propuestas para su solución o mejora, y el modo en que cada uno puede colaborar, que una simple cuenta corriente asociada con un problema abstracto, estereotipado o mitificado.

De este modo, no sólo le damos las claves a la opinión pública para que a raíz de nuestro intento por despertar inquietudes surjan diferentes derivaciones perlocucionarias, es decir, en términos de Austin, para que a raíz de las acciones que nuestras emisiones propongan, ellos asuman sus propias alternativas. También podemos construir una nueva versión del mundo, esa versión de paz y cooperación que perseguimos. El tema en el que estamos trabajando es muy amplio, pero aunque sea en términos generales, podemos sugerir que nuestros eslogans, nuestras ilustraciones, tienen que reforzar y transmitir nuestras propuestas y, a su vez, cada una de nuestras actividades hacerlas fáciles y palpables aplicándolas a las preocupaciones e intereses de las diferentes audiencias. Se trata de recuperar todas y cada una de las ideas que se están desarrollando desde las investigaciones para la paz y dejarlas traslucir en esos espacios comunicativos. Pensando en la paz imperfecta de Paco Muñoz (2001), por ejemplo, no mostremos las catástrofes desde su cara más cruda, sino rescatemos esas semillas que todavía se pueden cultivar o esos aspectos que están

² Ya que en este trabajo tan sólo podemos apuntar algunas claves para la reflexión, para profundizar en estos aspectos se puede consultar Nos Aldás, Eloísa (en prensa) "Construyendo un modelo de comunicación para la paz y la cooperación al desarrollo". Introducción, *Medios Periodísticos, Acción Humanitaria y Cooperación*, Cátedra UNESCO de Filosofía para la Paz, Barcelona: Icaria.

ahí para ser potenciados. Si recuperamos la transformación de conflictos, no caigamos en las dicotomías ni mostremos los conflictos como irresolubles, su rabia, su sangre; sino que busquemos individuos capaces de superarlos, como puedan ser niños que siguen jugando juntos, o mensajes verbales transformadores que busquen las raíces comunes, las reflexiones que cambien perspectivas e induzcan a una nueva mirada.

En pocas palabras, tenemos que concebir la comunicación como herramienta de transformación, no mero instrumento de representación. Y en eso seguimos trabajando.

Conclusión

Del posicionamiento discursivo presentado hasta aquí se desprende un énfasis en la interdisciplinariedad de los estudios para la paz,

... competencias, habilidades, conocimientos, teóricos y prácticos a la vez, relativos a la transformación de conflictos, las relaciones internacionales, la ayuda humanitaria y los estudios del posdesarrollo (p. 113).

Así como cada una de las esferas de las relaciones humanas que componen una cultura de paz. Concluyendo, “*hay que inventar la paz, imaginarla, iluminarla*” (p. 190), y para ello la comunicación y la creatividad, en todas sus manifestaciones, como forma de provocar la reflexión o la risa, son una de nuestras herramientas para hacer las paces atendiendo a las diferentes voces de la razón y los sentimientos.

Eloísa Nos Aldás

Universitat Jaume I de Castellón, Cátedra UNESCO de Filosofía para la Paz

aldas@fis.uji.es

Bibliografía

- Arendt, Hanna (1998), “Sobre la violencia”, en *Crisis de la república*, Madrid: Taurus.
- Austin, J. L. (1971), *Palabras y Acciones. Cómo hacer cosas con palabras*, Buenos Aires: Paidós.
- Galtung, J. (1990), “Cultural Violence”, in *Journal of Peace Research*, XXVII(3), 291-305 pp.

- _____ (1996), *Peace by Peaceful Means. Peace and Conflict Development and Civilization*, London: Sage/International Peace Research Institut, Oslo.
- Habermas, J. (1984), "El concepto de poder de Hanna Arendt", en *Perfiles Filosófico-políticos*, Madrid: Taurus.
- Holquist, M. (ed.) (1996), *The Dialogic imagination. Four essays by M.M.*, Bakhtin, Texas: University of Texas.
- Lakoff, G. y M., Johnson (1991), *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid: Cátedra.
- Lederach, J. P. (1995), *Preparing for Peace: Conflict Transformation Across Cultures*. Syracuse, (NY): Syracuse University.
- Martínez Guzmán, V. (2000), "Saber hacer las paces. Epistemologías de los Estudios para la Paz", en *Convergencia Revista de Ciencias Sociales*, 7(23), 49-96 pp.
- _____ (2001), *Filosofía para hacer las paces*, Barcelona: Icaria.
- Muñoz Muñoz, F. (2001), *La paz imperfecta*, Granada: Universidad de Granada.